MEMORIAL DE "MARTÍN FIERRO"

Por Ildefonso Pereda Valdés

En el año 1926 me radiqué en Buenos Aires y en 1928 regresé definitivamente a Montevideo. 1926 fue el año culminante de la "revolución martinfierrista", iniciada en 1924. En ese año publiqué en Buenos Aires mi tercer libro de poesías: *La guitarra de los negros*, editado por Ricordi. Mi "guitarra" al pie de la portada lucía orgullosamente los nombres de las dos ciudades hermanas: Buenos Aires - Montevideo, para demostrar la confraternidad más perfecta entre dos ciudades y entre dos grupos de vanguardia, *Martín Fierro* en Buenos Aires y *La Cruz del Sur* en Montevideo, que editaban sendos semanarios del mismo nombre. Como el personaje de la novela de Dickens *Historia de dos ciudades*, yo era el hombre de las dos ciudades, con un pie en Montevideo y otro en Buenos Aires, y en mis frecuentes viajes a Montevideo, ciudad donde vivía mi familia, era el "trait-d'union" entre los dos grupos amigos.

Pido permiso y disculpa a mis hipotéticos lectores por tener que hablar con exceso de mí mismo, pero el escritor Sigfrido Radaelli me pidió para la revista Testigo una reseña sobre mi actuación en el movimiento martinfierrista, y lógicamente debo ser autobiográfico. Salvado este escrúpulo de mi modestia o de mi vanidad, debo decir que uno de los primeros escritores que conocí en Buenos Aires fue Evar Méndez, mi introductor de embajadores, pues a través de su gentileza me vinculé con la mayor parte de los jóvenes escritores argentinos. Conservo un grato recuerdo de su generosidad y bondad para todos nosotros. Por cierto que este recuerdo no fue empañado por el pugilato, por causas ajenas a él y a mí, el día del banquete ofrecido por la revista *Martín Fierro* a don Alfonso Reyes, el gran mejicano-universal a quien conocí personalmente en aquella infausta oportunidad.

Méndez, de mucho más edad que los poetas de la generación martinfierrista, pertenecía a otra generación anterior, la de Fernández Moreno, Banchs, Bufano, Martínez Estrada, Canal Feijóo, Ernesto Morales, etc., y su estética había sido "pasatista", antítesis y antípoda de Xul Solar. Fue, sin embargo, el avalador de nuestra generación. Se pasó con todas sus armas al campo de los nuevos, y tuvo la virtud de organizarnos, dotándonos de una buena revista. Fue el aglutinador del grupo: él era el reactor y nosotros los átomos. *Martín Fierro* existía gracias al esfuerzo personal de Méndez, con escasos avisos comerciales, con la

Archivo Histórico de Revistas A

venta y las contribuciones particulares de algunos amigos. *Martín Fierro* se permitió el lujo de tener un local en la calle Florida, donde nos reuníamos para preparar y discutir las colaboraciones para la revista.

Yo redactaba en el semanario *Carátula*, dirigido por Hipólito Carambat, una página literaria, ladera en cierto modo de *Martín Fierro*, donde reseñaba los libros y las novedades que aparecían en la Argentina o fuera del país. Contaré un episodio, que por circunstancias no queridas, provocó un serio incidente con el poeta Amado Villar. Villar acababa de publicar un libro de poesías cuyo título no recuerdo. Transcribí en mi página, firmando siempre con el seudónimo de Argos Tres, pues hubo un Argos Dos, que era Méndez, y antes tal vez un Argos, un poema del libro de Villar, cuyo título sí recuerdo: "Versos para la sonrisa de una muchacha". Se deslizó una errata que suponemos intencionada de parte de los linotipistas, y apareció el poema con el título de "Versos para la sonrisa de un muchacho". Villar me atribuyó la intención del equívoco, interpretación injusta: mi única intención era difundir su obra entre los lectores de *Carátula*. Me encontré con Villar en la peña del Tortoni, en una noche agitada para mí, pero no tan a mi disfavor. Nada me dijo allí de la errata y estuvimos conversando de cosas banales, sin sospechar lo que ocurriría una hora más tarde. Después, como de costumbre, marchamos todos los martinfierristas al Royal Keller, de la calle Corrientes, donde se reunían unos cuantos poetas peruanos que se odiaban entre sí, bajo el pontificado máximo de otro espectacular peruano, Alberto Hidalgo, que predicaba el "simplismo", una especie de futurismo porteño, con el escepticismo de no catequizar adeptos. A la peña de Hidalgo concurríamos los martinfierristas, entre los más asiduos: Borges, Molinari, Mastronardi, Marechal (estos tres últimos formaban el grupo de las tres M). Villar me agredió sin previo aviso, y sin más palabras que las elocuentes de sus puños; yo le contesté en la misma forma, con puños y sin palabras. La oportuna intervención de Borges y Mastronardi evitó que las cosas llegaran a mayores, lo que sucede a menudo en este tipo de pugilato a puertas cerradas.

De esta época data mi vinculación personal con Macedonio Fernández, quien por su mayor edad, su generosidad y singular prestancia tenía para nosotros la envergadura de un maestro. Lo visitaba muy a menudo en una pieza que alquilaba en la calle Suipacha. Vivía siempre solo, a pesar de tener esposa e hijos.

En *Nosotros* publiqué un artículo sobre Macedonio Fernández, donde intenté definir su compleja personalidad, su desbordante humorismo y sus inquietudes metafísicas. Recuerdo sus discursos en el banquete a

gentinas | www.ahira.com.ar

Figari, a Gerardo Diego o al Dr. Clodomiro Cordero, este último gran amigo de Mastronardi y mío, a quien recuerdo con respeto y cariño. Era un tipo de oratoria nunca hasta entonces oída, un tipo de anti-discurso tan fuera de lugar frente a la oratoria vulgar y corriente, como imaginar un ángel caído por error en el infierno. Una de las tantas noches macedónicas, mientras conversábamos en un café, le pergeñé un apunte a lápiz en el que se parecía por sus nobles rasgos de fineza a Edgard Poe. Le gustó el apunte, lo conservó con afecto y un día en uno de sus libros me escribió esta dedicatoria: "A I. P. V. que me bosquejó el alma del rostro que hubiera querido tener".

Transcribo párrafos de la carta que me escribiera donde alude al apunte que le hiciera de su figura singular:

Buenos Aires, Julio 18 de 1928.

Señor Ildefonso Pereda Valdés.

Fui en persona a su casa Mansilla 2749, casa de altos que ha cambiado de dueña. La actual no conocía a Vd., llevándole el libro con la dedicatoria que le adjunto. Averiguando después, supe que se radicó en Montevideo. Le tenía a Vd. en primer término entre los que debían recibir de mis manos propias el primer libro mío y mucho más le debo. Un sentimiento no encontrarlo. No se lo envío ahora mismo porque no sé su dirección. Varios amigos comunes sólo saben que vive en Montevideo. Cuando reciba carta se lo remito. Con Borges me comunico poco. Cada vez me encariño más con el retrato que Vd. me improvisó: no espero que ocurra nuevamente nunca que se me obsequie con una figuración fisonómica que diga tan textualmente lo que yo hubiera querido para mi espíritu y rostro. Hasta hoy me han entregado 30 ejemplares para darlos a diarios y revistas. Creo me darán cien; así que el suyo está seguro. El que le llevé lo guardo para mí y lo estoy corrigiendo para que si llega a 2ª edición, mis ideas aparezcan más cuidadas.

. . . . . .

Actualmente en Olivos, para escribir algo: la novela "Niña de dolor Dulce persona, de un amor que no fue conocido". ¿Y Vd. no hace novela?

Suyo con el buen deseo de su amigo anciano que sólo cree en los jóvenes.

Macedonio Fernández

"El Universo o Realidad y yo nacimos el 1º de junio de 1874, y es sencillo decir que ambos nacimientos ocurrieron cerca de aquí, y en una ciudad, Buenos Aires". Así comienza una autobiografía de sus *Papeles de recién venido*, porque él se consideraba un recién venido al mundo, como anhelaba el rostro del alma que quería tener. Recuerdo la sorpresa que me causó la lectura de su "Carta abierta argentino-uru-

Archivo Histórico de Revistas

guaya". Era sorprender al lector menos desaprensivo, era crearle un mundo dislocado para rehacerlo de nuevo.

En el fondo, todo el humorismo metafísico de Macedonio Fernández era sentimental y optimista. Contrariamente a Luis C. López, el gran poeta colombiano, no había amargura en su humorismo; quería poner una escuela de optimismo sin caer en lo superficial: "Si muchos miedos y una constante imposición del misterio hacen humorismo, nadie escribirá más alegremente, hará más optimistas que yo", escribe en el colofón del mismo libro.

Pude constatar que era un buen amigo, un amigo afectuoso, sencillo, ajeno a toda vanidad. No se creía precursor, ni redentor, ni maestro; se dejaba rodear sencillamente de los más sagaces, de una generación que él creía no era vana.

Otra figura interesante del martinfierrismo con quien tuve gran amistad fue Xul Solar. Pintor, poligloto, astrólogo, intentó crear un nuevo idioma, el neo-criollo sin alcanzar el traspaso de los límites de su propio conocimiento. Una vez me invitó a escribir un libro en neo-criollo. Le objeté el inconveniente de que sólo lo entendería él y yo; además del trabajo inútil de aprender un idioma tan poco comunicable. Había inventado una nueva notación musical, pero de muy escaso rendimiento práctico, ya que para aplicar su sistema había que modificar la estructura de todos los pianos y un pan-juego con un tablero complicadísimo y fichas de distintos colores, según me contó recientemente en Piriápolis Nalé Roxlo. Xul Solar trataba de complicar todas las cosas. Su pintura, muy original entonces, se adelantó en muchos años a la pintura abstracta de la actualidad. Comentamos con Borges recientemente la necesidad de recordar la obra de Xul Solar. Hay que sacar a este amigo del Leteo, me dijo Borges, y yo cumplí en parte en un artículo publicado en el diario *El País* de Montevideo, y vuelvo a recordar a este amigo exótico, que una vez por comer conmigo en un restaurant chino casi me hace perder el vapor para Montevideo. Xul Solar era astrólogo, y hubiera sido mago, de vivir en la época de Zoroastro. Se interesaba por los misterios esotéricos, la teosofía, el budismo, los mitos y las leyendas. Como Oscar Wilde, puso todo su genio en su vida y apenas su talento en su obra.

A Carlos Mastronardi lo conocí en 1926. Vino a Buenos Aires desde su provincia natal, Entre Ríos. Simpaticé con su modalidad personal y poética y desde entonces nos hicimos grandes amigos, con una afectuosa amistad que ya cumplió los cuarenta años. Era el más silencioso y mesurado entre los ruidosos martinfierristas, entre los polémicos e icono-

antiguo: www.abiss.com.ar

clastas. Silencioso y sereno, de calmosa conversación, no le faltaba alguna acotación chistosa o algún rasgo de ironía que nunca era hiriente. Admiraba a Borges como yo, y lo seguimos admirando, manteniendo con él una inalterable amistad. La amistad de Borges fue para nosotros dos estimulante. Mastronardi posee una personalidad lírica fuerte y sincera, un acento provinciano inconfundible y sobre todo una lealtad a toda prueba. En sus *Memorias de un provinciano* nos propone contar sus interesantes observaciones sobre la época que historiamos.

En lo de Borges conocí a Ricardo Güiraldes. Borges vivía en la Avenida Quintana con su padre, doña Leonor, Norah y la abuela. Pasé ratos muy agradables en la acogedora casa de los Borges y escuché con verdadero interés las charlas de D. Ricardo y de Adelina del Carril, su esposa. Güiraldes no había publicado cuando lo conocí *Don Segundo Sombra*, pero ya era el autor de *Xaimaca* y dirigía con Borges la revista *Proa*. Hacía poco había llegado de París.

Otro personaje pintoresco e interesante de aquella época era Lysandro Z. D. Galtier. En los tiempos martinfierristas Galtier era un poeta afrancesado, una especie de Supervielle porteño. Galtier era el escritor europeizante por excelencia. Toda su obra era el reflejo de una cultura decantada a través de los años, como lo demostró recientemente en una conferencia sobre magia dictada en las Jornadas de Poesía de Piriápolis.

Eduardo Mallea, cuando lo conocí, era sólo el autor de *Cuentos para una inglesa desesperada*. Vivía con sus padres cerca de la calle Callao, donde alguna vez lo visitaba. No había escrito las novelas que más tarde le dieron tanta fama, como *La bahía del silencio*, *Los enemigos del alma* o *Todo verdor perecerá*.

A Victoria Ocampo la fuimos a visitar una vez con Xul Solar en su quinta de Belgrano. Rodeada siempre de libros y de visitantes ilustres, como Tagore u Ortega y Gasset.

Conocí a otros escritores que adquirieron fama, otros fueron olvidados y otros son olvidados a medias, como Francisco Luis Bernárdez, Raúl Scalabrini Ortiz, Leopoldo Marechal, Soler Darás, Pablo Rojas Paz, Carlos Vega, Ulyses Petit de Murat, César Tiempo, Oliverio Girondo, Norah Lange, Horacio Rega Molina, Ricardo Molinari, Nicolás Olivari, Nalé Roxlo, los hermanos González Tuñón. Todos fueron martinfierristas.

El manifiesto de *Martín Fierro* publicado el 15 de mayo de 1924, en el Nº 4 de la segunda época, proclamaba los principios iconoclastas del nuevo movimiento con un estilo vehemente. Sin citar nombres ata-

caba a la literatura oficial académica, proclamando la independencia intelectual de América. En muchos aspectos estaba influído por el futurismo, así cuando decía que *Martín Fierro* se encontraba más a gusto en un trasatlántico moderno que en un palacio renacentista y que una locomotora no es comparable a una manzana. Yo no firmé el manifiesto por no encontrarme en Buenos Aires, pero sí adherí a la polémica sobre el Meridiano Intelectual de Hispano América con la *Gaceta Literaria* de Madrid. Esta actitud mía me costó, en forma imprevista, la cesantía como profesor de historia universal en el Colegio Negrotto. La directora, que era española, se sintió herida en su más recóndito "patriotismo" por la andanada de *Martín Fierro:* y como tenía a mano a uno de los súbditos coloniales, creyó conveniente despedirme sin explicaciones de ninguna especie. El hecho fue comentado en *Carátula* y en *Crítica*, por lo injusto e insólito. Era una segunda injusticia que tenía que sufrir, después del malhadado incidente con Amado Villar.

Mis colaboraciones en *Martín Fierro* fueron, por lo menos, dos veces crudamente polémicas. Con respecto a Enrique Larreta, mascarón de proa de la literatura artificiosa y el estilo planchado, me tocó a mí ser el enjuiciador de su incruento novelón *Zogoibi*, en el número 36, de diciembre de 1926. También fui duro con José Gabriel, a quien en el concurso de premios municipales de literatura le habían premiado un libro, en el que defendía con un empaque a lo D'Ors (por no decir "a lo toro") al más rancio pasatismo contra toda invasión vanguardista. Titulé aquel artículo: "Anotaciones marginales a un libro mal premiado".

En otros números aparecieron otros artículos míos, críticas bibliográficas o comentarios pictóricos: "Un libro de Eduardo Dieste" (Nº 32, 1926); "Film" (Nº 37, 1927); "Changer d'étoile", de Marcelle Auclaire y "En torno a Debussy" de M. Arconada (Nº 38, 1927); "Páginas muertas de Eduardo Wilde" (Nº 40, 1927); "Quién es el autor de la Anthologie de la Nouvelle Poésie Française" (Nº 41, 1927), y "La exposición de pintura uruguaya" (Nº 43, 1927).

La generación de *Martín Fierro* fue una generación que pagó dividendo. Los escritores de esa generación, que no sé si llamarla promoción, pues no todos pertenecíamos a la misma generación, se destacaron más tarde como figuras de primera plana en la literatura argentina: Jorge Luis Borges, Eduardo Mallea, Carlos Mastronardi, Ricardo Molinari, Nalé Roxlo, Francisco Luis Bernárdez, por no citar sino a los más notorios. En dos libros se ha historiado recientemente la vida y acción de la revista *Martín Fierro* y su movimiento renovador: *La revolución martinfierrista*, de Córdova Iturburu y *Los martinfierristas* de Eduardo Gonzá-

lez Lanuza. No creo que pueda hablarse de una "revolución martinfierrista". El movimiento no creó nada original: fue con posterioridad al movimiento, e individualmente, que algunos de sus componentes crearon algo original. Muchas de las actitudes de *Martín Fierro* quedaron como gestos en el aire, y el manifiesto valió más como intención que por su eficiencia práctica.

Yo creo que de las generaciones y de los movimientos literarios, lo que queda son las grandes individualidades. Del "modernismo" tan heterogéneo en los diversos países donde se produce, queda la obra de Rubén Darío, de Lugones o de Herrera y Reissig, y no toda ella. De Rubén Darío pasó la "Sonatina" o "Era un aire suave" y otros alardes de modernismo, y sólo se recuerda, por su valor humano o social, "Lo fatal" y el "Canto a Roosevelt". De la promoción de *Martín Fierro* se recuerda a Borges o a Mallea, y no a Evar Méndez que lo formó. Lo mismo sucedió con el ultraísmo: quedaron Gerardo Diego o García Lorca, y nadie recuerda a Del Bando Villar, director de *Ultra* o *Tableros*, los dos órganos del movimiento español.

Cuando nos encontramos en Montevideo, Buenos Aires o Piriápolis, con Molinari, Mastronardi, Olivari o Nalé Roxlo, nos abrazamos con efusión recordando la "belle époque" de *Martín Fierro*, pero cada uno sigue su camino, y a veces, diferente.

Montevideo, mayo de 1966.